



PREGÚNTAME

*si te
quiero*

Helena Pinén



«Harper Blossom es odiada por todo el pueblo, incluso su vida parece correr peligro».

«¿Podrá encontrar el amor en medio de semejante caos?»

Harper ha regresado al pueblo tras años de ausencia para hacerse cargo de la clínica veterinaria de su padre. Sabiendo que es odiada por todo el mundo por haber provocado una tragedia antes de su marcha, su intención es pasar lo más inadvertida posible. Sin embargo, hay alguien que sí la ha visto: Emmett Turner.

Emmett es un lobo solitario. Hasiado de la vida monótona de siempre y sin atreverse a cumplir sus sueños de ser padre, osa pedirle una cita a Harper Blossom, hermana pequeña de su mejor amigo. A raíz de una cena, ambos se embarcan en una aventura llena de pasión, ternura y muchos peligros, pues hay alguien con sed de venganza que pretende eliminar a Harper del mapa.

¿Podrá una relación así salir adelante en medio de tanta hostilidad? ¿Podrá Harper permanecer junto a Emmett cuando las amenazas vayan a más? ¿Podrá el amor nacer entre ellos en medio de un pueblo lluvioso donde solo queda odio y rencor?

Índice de contenido

Cubierta

Pregúntame si te quiero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Sobre la autora

1

Para Harper Blossom fue extraño regresar a casa. Cuando el coche se detuvo frente la casa donde vivían sus padres, y donde ella se había criado con una legión de hermanos, una mano le sujetó el corazón. En la ciudad había vivido lejos de recuerdos terribles y sus pulmones se habían llenado de oxígeno sin problemas. Sin embargo, ahora volvía a revivir todo lo sucedido la última vez que estuvo en el pueblo y los malos recuerdos amenazaban con romperla en mil esquirlas.

Miró el perfil de su padre, quien la había ido a buscar al aeropuerto. Estaba desabrochándose el cinturón tras parar el motor. Él estaba tranquilo, incluso feliz de tener de vuelta a su única hija. Vivía ajeno a los sentimientos encontrados que se removían en el pecho de Harper. Le preguntó si tenía ganas de ver a su madre y ella solo encontró fuerzas para asentir.

Haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que tenía, salió del coche y caminó hacia la casa. Estaba a orillas del Isabella Lake y las vistas eran tan impresionantes como la estructura de madera de dos pisos que tenía ante sí. El hecho de que los Blossom hubieran tenido cuatro hijos y hubiesen adoptado a otros dos, les había obligado a hacer ampliaciones a la casa principal a lo largo de los años.

Abrió la puerta sin necesidad de usar la llave. Casi siempre estaba abierta cuando su madre se encontraba

en casa. No había motivo para desconfiar de los vecinos. El pueblo era una gran familia, una comunidad unida donde jamás ocurría nada.

Excepto cuando Harper cometió el peor error de su vida.

Había voces que provenían de la cocina. Las reconoció a todas ellas: mamá, sus hermanos, Milo y Clive, y sus respectivas mujeres, Piper y Rosemary. Cuando se adentró en la cocina, cuya puerta no existía pues había sido arrancada por Clive y Donald de adolescentes, en una pelea digna de hermanos gemelos, se llevó una mano a la boca. Dios, los había echado tanto de menos...

No oía lo que hablaban, tan solo los observó. Su madre tenía más arrugas en el rostro y se había dejado las canas para no seguir usando tintes, pero nadie diría que tenía sesenta y cinco años. Milo había cambiado mucho en esos últimos cinco años: había engordado y había empezado a perder pelo; sin duda, el primogénito iba a ser la viva imagen de su padre. Clive estaba igual; mantenía su porte fuerte, sin duda fruto de trabajar en la granja sin descanso. Incluso lucía con orgullo la cicatriz que le partía la ceja; se la hizo el mismo día que rompieron la puerta de la cocina. Sus cuñadas estaban tan bonitas como de costumbre, quizá las notaba distintas porque Piper llevaba el pelo corto tras superar un cáncer de pecho y porque Rosemary llevaba gafas. Por lo demás, la estampa que tenía ante sí no era diferente a la habitual.

Hacía cinco años que no pisaba el lugar y que no veía una escena tan acogedora como aquella. Fue directa a su corazón y, por unos momentos, se sintió derretir. Sí, había valido la pena regresar, pese todo lo malo que sabía que traería para su salud mental y sus emociones más escondidas.

Unos brazos fuertes la agarraron por la cintura y la alzaron. Harper gritó y todos la miraron, sorprendidos de te-

nerla allí. Escuchó a su madre lanzar una exclamación de deleite y a Rosemary sollozar.

Se vio arrastrada al salón. Una carcajada muy familiar la hizo reír también mientras giraba en brazos de su hermano. Cuando se vio en el suelo, se volvió para encarar a Luke.

–Bienvenida a casa, buhita.

–Luke...

Se lanzó a sus brazos. Luke y ella tenían una afinidad especial, quizá porque se llevaban un año o porque él había sido el primero en aceptarla cuando la adoptaron y la trajeron a casa. Habían sido mejores amigos incluso cuando él era el chico más popular del instituto y ella la más invisible de su curso.

La hizo bailar por la sala, aunque no hubiera música. Tras marcharse a la universidad, Luke había regresado expresamente para llevarla al baile de graduación del instituto. Nadie iba a pedirle una cita, era la chica más introvertida del instituto, así que Luke se había querido asegurar de que fuera y se divirtiera. Nadie cuestionó que fuese con su hermano y ella le estaría eternamente agradecida por haberle dado esa experiencia.

–¿Y ese brillo en la mirada? Texas te ha sentado bien – lo comentó con una sonrisa que le arrugó la comisura de los ojos. Era honesto. Se alegraba de tenerla de nuevo en el pueblo. Harper se vio contagiada al momento.

–Es que el clima era mejor que aquí.

–Siento decirte que Michigan es el mejor estado del país. El verde de nuestros prados es la envidia de los tejanos –le rebatió Luke.

–Eso es discutible. ¿Cómo estás? –preguntó mordiéndose los labios.

–Deseando que me toque la lotería.

–Vamos, no dejarías la granja ni con cien millones en la cuenta –le pinchó ella.

–Luke, vamos, deja a mi niña. Quiero achucharla.

Maggie Blossom hizo un lado a Luke, le puso sobre el hombro un paño de cocina y con un jadeo de felicidad absoluta, la abrazó con fuerza. Harper le devolvió el gesto, sintiéndose segura. Los brazos de su madre siempre habían sido un puerto seguro para ella.

–Cielo, te hemos echado tanto de menos. Qué bien que estés de vuelta –le cogió la cara–. Estás más delgada. No me gusta. ¿De verdad has comido bien?

–Mamá, quédate tranquila. Simplemente... estoy fuerte. Si tocas, todo es músculo –se burló. Con la familia allí, era fácil olvidar las desgracias y dejar fuera de su cabeza la culpabilidad.

–Entonces vienes preparada para asumir el mando... –bromeó Clive, su fuerte presencia apareciendo por detrás de la madre–. Ven aquí, buhita.

La llamaban así porque de pequeña se había pasado más horas leyendo que durmiendo por las noches. Durante su juventud no fue distinto: dedicaba las noches a estudiar y apenas dormía cuatro o cinco horas. No necesitaba descansar tanto como los demás. Era una persona nocturna, que disfrutaba de la quietud de la noche. Solo cuando caía el sol su cerebro se encontraba activo al cien por cien. Sus hermanos habían empezado a decir que en vidas anteriores había sido un búho y el mote pronto se quedó en Harper.

Cuando la telefoneaban, casi nunca usaban aquel apodo. Que volvieran a pronunciarlo, con sus voces y connotaciones cariñosas, le pellizcó el alma. Sus hermanos eran su mayor bendición, un regalo que a veces creía no merecer. A pesar de que en Texas lo tenía todo, siempre había tenido un vacío en el pecho. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Y esos hombres con los que había crecido? Los adoraba. Vivir sin ellos había sido muy doloroso.

–Clive... grandullón... –Harper sabía que se echaría a llorar en cualquier momento, desbordada por tanto afecto.

Él le tocó las mejillas. Luego la estrujó para comprobar si todo era fuerza y fibra como presumía o solo era un puñado de huesos. Quería asegurarse de que iba a sobrevivir a Michigan. Pareció complacido, porque le guiñó un ojo cuando se separaron.

—No te preocupes, mamá. Harper no está mal nutrida, solo ha sabido invertir dinero en un entrenador personal.

—Mi entrenador es el mismo que el tuyo, creo. ¡Estás bien fuerte! —Le tocó los abdominales a través de la camisa antes de mirar a Milo—. Es raro verte callado. El hermano mayor de los Blossom nunca se queda sin palabras.

Su intento de quitar hierro al asunto con humor no fue bien recibido por Milo.

La miraba desde el marco de la puerta. A Harper no le gustaba que estuviera tan callado y serio, él no era así. Podía imaginar qué pasaba por su cabeza. Y eso repercutió en su corazón y en su respiración.

No la había perdonado. Habían pasado cinco años, mas seguía detestándola. No podía echárselo en cara, si bien esperaba que disimulase. La salud de sus padres era delicada y ver a sus hijos así no les sentaba bien a sus nervios. Sobre todo, a su padre. Pete observaba desde un rincón la escena y Harper estaba segura de que se había quedado rígido, como casi todos los presentes, esperando la reacción del primogénito.

Milo no dijo nada. Dio media vuelta y se adentró en la cocina decidiendo que la mejor manera de demostrarle su rabia era ignorándola.

Se hizo el silencio más espeso que Harper había vivido jamás en aquella casa. Cerró los ojos unos momentos y trató de mantenerse firme.

Sabía que algo así podía suceder. No iba a ser bien recibida por todos. Al fin y al cabo, su error había costado la vida de una persona muy cercana a su hermano. Milo tenía todo el derecho a no querer saber nada de ella. Tampoco iba a ser el único que le diera la espalda. Debería

acostumbrarse a ciertas hostilidades; Sherman al completo iba a ponerle muy difícil vivir allí. Pero la indiferencia de un hermano era la más dolorosa de todas.

Piper quiso ir tras su marido, reprocharle su comportamiento en la intimidad de la cocina, pero Harper la llamó.

–Déjalo.

–Ay, Harper, lo siento mucho, pero es tan... –suspiró, entristecida. Le abrió los brazos–. Ven aquí, buhita mía.

Piper era como una hermana mayor para ella. Se llevaban doce años, así que era un referente para Harper. Se estrecharon con fuerza.

No hicieron falta palabras. Los sentimientos que cada una quería transmitir llegaron a la otra a través de aquel contacto. Fue suficiente para aplacar sus corazones y mantenerse ante la adversidad.

–Cómo me alegra verte bien. Siento no haber estado ahí para ti –le susurró al oído aún sin soltar aquel abrazo.

Piper tembló y le devolvió el murmullo.

–Con tus llamadas, me bastaba. Estuviste en mi corazón... –Se separaron entre lágrimas. Harper le pasó una mano por el pelo–. ¿Te gusta mi nuevo peinado?

–Pareces una rebelde. ¿Dónde te has dejado la Harley y la chupa de cuero con flecos? –Le arrancó una risita.

–Aparcada junto la lancha motora. Si la policía viene a por mí, ya veré con qué huyo.

–Qué idiota eres. –Harper miró a Rosemary–. Amiga...

Rosemary era su mejor amiga. Eran inseparables desde los diez años. Que empezase a salir con uno de sus hermanos había ido un *shock* para la Harper de dieciséis, pero, tras once años juntos, ahora veía que no podía haber una mujer mejor para Clive. Ni un hombre más bueno y honorable para aquella alma tan luminosa como era Rosemary.

–Ven aquí –susurró su cuñada. Harper avanzó sin dudar hacia sus brazos–. Te he extrañado cada día de estos

cinco años y tengo la sensación de haberte visto ayer. Dios, mírate. Estás preciosa, Harper.

—Creo que tienes las gafas sucias.

—Pues yo no llevo gafas y creo que veo visiones. —Una voz atronadora hizo temblar toda la casa. Rosemary tuvo el tiempo justo de separarse antes de que un toro embistiera a Harper, quien tuvo que agarrarse a la cintura de Donald con las piernas—. ¡La buhita ha regresado!

Donald era uno de los dos hermanos que no se había dedicado a los animales, rompiendo así con la tradición familiar de los Blossom. De hecho, era famoso y estaba forrado. Había sido jugador de fútbol americano hasta el verano pasado cuando se retiró tras una lesión. Ahora era profesor de educación física en el colegio e instituto del condado. Se mantenía en forma, su pelo castaño despeinado se complementaba con una incipiente barba que antes no llevaba. Pese a estar cubierta, su sonrisa seguía siendo tan pura como antes de irse a jugar profesionalmente. La fama y el dinero no se le habían subido a la cabeza gracias a la educación y el apoyo de sus padres, así que seguía siendo el mismo muchachote de siempre.

—Veo que aún puedes levantarme como si nada, Donald.

—¿Podré usarte como pesa un día de estos? Me ayudarás más que cualquier aparatejo de gimnasio. ¿Has visto lo qué pesas?

—Invítame a cenar y me lo pienso. Este cuerpo tengo que mantenerlo a base de alimentos de calidad. ¿Tenemos un trato?

—Cuenta con ello, buhita.

La soltó y ella observó a su familia. Parecían emocionados y encantados de verla allí, pasando de mano a mano, recibiendo el cariño de todos ellos. Milo no contaba; siempre había sido el más sensible y férreo de todos, y nadie podía controlar sus emociones y reacciones. Cuanto

antes se aceptase esa realidad, más sencillo era quererle con todas sus virtudes y defectos.

Faltaba el pequeño de los hermanos.

—¿Y Connor, mamá?

—Oh, ahora viene. Ha ido a buscar a su chica para que la conozcas.

—Connor tiene novia. —Donald le dio un golpe con el hombro—. Qué te parece. Increíble, ¿verdad?

—Va a cumplir diecinueve años, Don. No es un crío. ¿O acaso tú con su edad no te fijabas en nadie?

Que Connor fuera tan joven, porque la diferencia de edad entre hermanos era tremenda, hacía que muchos de ellos lo vieran como a un hijo. Y se les hacía extraño que condujera o que tuviera pareja, incluso, un sueldo fijo cada mes.

—Vienes con ganas de guerra, ¿eh? —la provocó Donald, guiñándole un ojo.

Ella solo movió la cabeza.

Su padre y Luke quisieron subir sus cosas a su dormitorio y su madre la instó a ir a mirar el cochinitillo que acababan de asar para cenar.

Milo estaba allí, preparando la ensalada mientras Piper le lanzaba murmullos furtivos, sin duda, enfadada por el trato que le había dado a Harper. Sin embargo, ella no pensaba enojarse. Se mantuvo lo más alejada que pudo de él mientras su madre le enseñaba con entusiasmo los nuevos muebles de la cocina.

De hecho, encontraba comprensible que no quisiera saber nada de ella. Su hermano y Harper apenas hablaban desde el accidente, y ambos sabían que Milo hubiera preferido que la condenasen a ir a prisión en lugar de que un juez la considerase inocente de todos los cargos. ¿Cómo dirigirte a alguien que creías un monstruo? ¿Cómo hablar con alguien que te veía como tal?

Texas había sido mucho más sencillo. Pese a la nostalgia de echar de menos sus raíces y su numerosa familia, la

cual podía ser verdaderamente arrolladora de buenas a primeras, en el otro estado nadie sabía de su pasado. Ella decidía qué mostrar al mundo. Nadie se había enterado jamás del accidente, de que había estado a punto de ser acusada de homicidio imprudente.

Le había gustado vivir allí tras lo ocurrido. Le había permitido ir a un psicólogo que no la conocía desde pequeña y que no la iba a juzgar. Ningún vecino la señalaba a sus espaldas ni cuchicheaban los domingos tras ir a la iglesia. Era otro tipo de libertad que había sido como un soplo de aire fresco tras el infierno vivido a la espera del juicio.

Ahora tendría que enfrentarse a todo lo que había dejado atrás. Iba a ser difícil. Sherman al completo la repudiaba.

Por suerte, su terapeuta le haría sesiones en línea hasta que Harper creyera no necesitarlas. Era un gran apoyo. Porque, por más que sus padres y hermanos la defendieran ante los buitres, solo Harper podía librar la batalla. Primero, para no meter en más problemas a los Blossom; luego, porque solo así demostraría su inocencia y se reafirmaría en ella.

—Mamá, Harper acaba de llegar. —Donald abrió la nevera—. No la atosigues con los cambios de la casa. Dale una cerveza y deja que se relaje.

—Tienes razón. ¿Qué quieres para beber, hija?

—Estoy bien, mami. —Le tocó el pelo y miró de reojo a Milo. Seguía sin dirigirle ni una sola mirada, pero estaba tenso—. ¿Te ayudo a poner la mesa? ¿Cenamos dentro o fuera?

—Mi vida —su padre apareció por la puerta, interrumpiéndoles. Miró a su esposa con inquietud—, empezad a cenar sin mí. Tengo que ir a asistir una urgencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Maggie, preocupada. Los animales de sus vecinos eran como suyos.

—Un caballo se ha caído y no puede levantarse...

—Voy contigo —se ofreció Harper.

—No, pequeña. Quédate aquí y descansa. El vuelo debe haber sido agotador. —La sonrisa nerviosa de su padre no le gustó ni un pelo—. Yo vuelvo en un momento. No creo que sea nada grave...

—Papá, si voy a sustituirte cuando te jubiles, creo que debería acompañarte —insistió.

—Te he dicho que no.

Todos enmudecieron ante la voz tajante de Pete. Harper tragó saliva. Él jamás le había hablado así. Su padre era un hombre tierno y solo había sido tan duro cuando sus hijos habían hecho travesuras muy desagradables. A ella nunca la había tratado de aquel modo, ni siquiera cuando pasó lo que pasó.

—Harper, de veras... —intentó amoldar la voz—. Creo que debo encargarme yo solo de esto.

—¿Por qué?

—Porque el caballo es de los O'Malley.

Todos agacharon la cabeza. Ella se quedó sin aire y una ráfaga de recuerdos la golpearon, noqueando y saqueando su mente. Durante unos segundos, temió desvanecerse.

Movió el rostro para encarar a Milo que ahora sí la observaba de cara. Su mirada penetrante era tan oscura que Harper temió caer en un abismo profundo. Se sintió tan vulnerable.

Volvió a echar mano de su fuerza interior. Ya no era joven y débil. Ahora era madura, fuerte y poderosa de su verdad y su paz mental. Podía flaquear, pero no hundirse. Eso estaba prohibido.

No acudir a la emergencia de los O'Malley era como esconderse de ellos y no pensaba hacerlo.

No iba a dar a nadie el poder de hacerla sentir más mal de lo que ya se sentía. Solamente ella podía echarse piedras sobre su propio tejado. Nadie más.

—Tarde o temprano voy a tener que verlos. Son vecinos y clientes, papá —empezó a decir. Intentaba ser paciente y